

que reflejando los fenómenos de la cultura de los pueblos indo-europeos después de la difusión, preséntanos más bien la cultura peculiar de cada uno; sería, por consiguiente, tan absurdo pretender reconstruir la civilización protoaria por la simple suma ó adición de tales fenómenos, como sería absurdo que la Filología comparada pretendiese reconstruir una gramática protoaria, sumando el conjunto que resulta común en las gramáticas de las lenguas arias. Convengamos, pues, en que las descripciones de civilización originaria indo-europea, guarda muchas analogías con la fábula que Schleicher escribió en su pretendido protoario; y así como la realidad histórica de la lengua protoaria por comparación gramatical no se alcanzará más, así también la realidad histórica de una civilización protoaria no se conseguirá nunca por la comparación lingüística. Esto no obsta, sin embargo, para que la paleolingüística pueda llegar á determinadas conclusiones en la materia, cuando puede hallar fundamentos suficientes, ya lingüísticos, ya de carácter histórico, que le permitan seguir hasta la época protoaria las evoluciones de una institución antigua, ya que de todos modos los elementos protoarios deben aparecer de alguna manera entre los de la civilización aria, y las fuentes subsidiarias pueden servir á esclarecer la distinción entre unos y otros; pero lo que basta para excluir un excepcionalismo absoluto en orden á las conclusiones paleolingüísticas, no basta para apoyar en ellas el edificio de la civilización originaria del tronco indo-europeo (1).

ch) Entre los extremos que se han sostenido acerca de la cultura de los arios, desde las amplias concesiones de Pictet hasta las restricciones ó casi absolutas negaciones de Hehn, de Schrader, etc.; desde los que pretenden que la difusión aria fué en un principio civilizador universal, hasta los que, como

(1) Con esto vienen en el fondo á convenir Hehn y el mismo Schrader, el cual en su citado *Reallexikon der indog. Altertumskunde*, se esfuerza en reducir á un cierto medio las consecuencias que resultan de sus propias investigaciones, y que, entre otros, Kretschmer en su *Einleitung etc. der Griech. Sprache (Das indog. Urvolk, y Die älteste Kulturzust. d. indog.)*, lleva á los extremos de una negación absoluta del valor de la paleolingüística para establecer la verdad de la cultura protoaria.

Sergi, afirman que la invasión de los arios no ha traído más que barbarie, caben modificaciones intermedias muy varias, justificables por los medios de prueba que puedan invocarse en la materia, por cuanto las deducciones extremadas, más que fundadas en motivos objetivos y reales, son resultado de puntos de vista subjetivos y de sistema. A la opinión de Pictet sobre la civilización aria no se volverá más, pero á las afirmaciones de una general barbarie del tronco indo-europeo no se llegará tampoco, mientras para ello hubiese que admitir el absurdo de que un pueblo bárbaro, del cual no se conoce ejerciese ascendiente alguno por medios violentos, haya conseguido imponer su lengua universalmente á pueblos civilizados, de los cuales al mismo tiempo venía á recibir todo lo que es y representa intelectual y socialmente la gran familia indo-europea.

La familia lingüística aria vino sin duda á imponerse á pueblos cuya cultura aparece superior á la de los importadores de aquella, porque es necesario reconocer que la cultura latina y helénica, aunque harto desarrollada después de recibido su carácter ario, encierra elementos precedentes que han cooperado á la más pronta evolución perfecta que de antiguo se nota en dichos pueblos. En este sentido la preponderancia aria no es sinónimo de preponderancia de una civilización superior á las demás, antes bien, debe decirse que señala una detención y aun retroceso parcial de algunos pueblos con civilización prearia por lo menos en los primeros momentos de mutuo encuentro. Pero por lo mismo que los arios son originarios de Europa y en Europa tuvieron su centro expansivo, ellos estaban en las generales condiciones de los europeos, ó mejor, éstos en la de aquellos, porque para nosotros los arios dan la norma general del estado de los demás pueblos, donde no se revelan influencias prearias. Y aun en éstos la resultante final que se deja ver en los tiempos históricos, no puede menos de decirse compleja, y ocasionada por elementos prearios y elementos arios después de efectuada la fusión, tal como debe reconocerse y admiten algunos respecto de la civilización antigua helénica en todas sus manifestaciones (1). No afirmamos, pues, que la

(1) Sergi, en su último libro *Gli Ariti in Europa e in Asia* (1903)

civilización europea prehistórica sea exclusivamente indígena, aunque los arios sean de origen europeo, como no negamos influencias extrañas en las lenguas arias, por más que su núcleo expansivo se hallase en nuestro continente. Por esto, si no es dado pensar en una época de barbarie importada por los arios, tampoco puede servir de norma para apreciar su estado la mayor civilización de algunos pueblos que vienen bajo esta denominación, antes bien, como queda dicho, un tipo más genuino de aquellos debe buscarse entre los pueblos de la misma estirpe que entran más atrasados en la historia.

He aquí ahora las conclusiones menos inseguras que pueden sentarse en la materia, y que permiten un tanto apreciar el tipo de la agrupación aria y sus relaciones. a) La paleolingüística nos revela que los protoarios se hallaron todavía en la edad de piedra, aunque iniciándose ya la época de los metales, de alguno de los cuales, como del cobre, han tenido conocimiento. El nombre genérico griego μέταλλον, en latín *metallum*, es relativamente moderno, y se ha propagado tarde entre las lenguas indo-europeas; además, no ha tenido en un principio otra significación que la de objeto de minas, y es nombre de importación probablemente semítica. Todos los demás nombres,

donde se propone mostrar, partiendo unas veces de supuestos falsos, y otras de afirmaciones no probadas y de ilegítimas identificaciones de épocas arias y prearias, que la cultura indo-europea es directamente africana en Asia y en Europa, y que los arios de suyo no representan sino una invasión de barbarie, trae las siguientes palabras del libro *The oldest civilization of Greece*, de Hall, que confirman lo que acabamos de indicar sobre el carácter mixto de la cultura helénica: "We have seen in Chapter II that both archaeological and legendary evidence combine to show that it was to the shock of the Return of the Herakleids, which destroyed the prae-Dorian Hellenic kingdoms, that the comparatively sudden decadence and disappearance of Mycenaean culture was probably due. Comparatively sudden in the Creek peninsula at least: and here we have strong testimony in favour of the hypothesis. The Dorian invasion was confined to continental Greece and the southern inslands; and it is precisely in these parts of Greece that Mycenaean culture disappeared most quickly; in Asia, to which the Dorian can hardly have penetrated much before the beginning of the eighth century, it lasted apparently almost till that time; in Cyprus, which he never reached, debased Mycenaean art was still in vogue at the end of the eighth."

también genéricos de *metal* que se hallan en las lenguas arias, son claramente una generalización del nombre del metal particular más usado en cada región, resultando denominación tan varia en casi todas las lenguas antiguas, como diversas fueron éstas. Todo lo cual evidencia que este nombre no se remonta á los tiempos protoarios, que ha sido desconocido de ellos, y que se ha introducido después del fraccionamiento lingüístico ario. Tampoco el nombre de utensilios de fabricación metalúrgica y el del fabricante mismo, son de una común derivación en las diversas lenguas antiguas, aun en aquellas que, como las indo-eranas, mejor han conservado sus semejanzas. En algunos de dichos idiomas el nombre de los instrumentos aludidos, es derivación del nombre de *piedra*, lo cual indica su primitivo origen. b) El hierro, cuyo uso representa un motivo importantísimo de desarrollo social, no aparece entre los protoarios, y corresponde á la época de separación glotológica. Entre los indo-eranos encuéntrase desde los tiempos védicos y avésticos denominado por los indios *bronce azul*, mientras los eranos lo conocieron con el nombre del cobre, aunque más tarde diéronle otras denominaciones, cuyo origen no es conocido con certeza. Entre los ario-europeos, los germanos recibíanlo en el siglo V a. J. C. de varios pueblos celtas en cambios comerciales. De ahí la denominación gótica del hierro, *eisarn*, del celta *i(s)arn*; nombre que está evidentemente formado sobre la voz *is*, que pertenece al vocabulario del indo-europeo en significación de *cobre* (sánscr., *áyas*, zend, *ayanh*, gót., *aiz*, latín, *aes*, etc.): no de otra suerte en leto-eslavo el nombre del hierro, que lituanios y eslavos recibieron de las colonias griegas del Ponto, está verosímilmente basado en el nombre griego del cobre (lit., *gelezis*; ant. esl., *zelezo* = gr. χαλκός); el latino ferrum (de *fersom*, *bhersom*) guarda analogías con el hebreo *barzel* y con el sumeriano *barza*, creyéndose importación de los fenicios en los países itálicos; á la influencia de éstos es atribuída también la mutación de χαλκός, cuya primera significación era la de *cobre*, en σίδηρος, bien que esta designación del hierro tenga analogía, como advierte Tomaschek, con la de *zido* que al mismo metal es dada en údico, lengua caucásica del grupo lesghiano. c) Aunque otros metales, como el bronce, se hallan denominados desde épocas muy antiguas, tal deno-

minación no corresponde á la significación que tuvo después y tiene hoy, y los comienzos de este metal y la cultura correspondiente no se dejan ver hasta el período intermedio entre el fraccionamiento indo-europeo y la constitución definitiva de la ramificación de esta familia. De igual suerte ni el estaño, ni el oro, ni la plata fueron conocidos, según todas las probabilidades, de los protoarios. El nombre del *estaño* es de origen céltico (*stannum*, cimr. *ystaen*, bret. *sten*), lo mismo en la forma latina, que en la griega, sánscrita, etc., (del nombre celt. de las islas *Casitérides*, el gr. *κασσιτερος*, de donde el sánsc. *kástiza*). El oro, conocido de antiguo por egipcios y semitas, pasó á los griegos mediante los fenicios, (gr. *χρυσός*, fen. *harus*). Los fenicios lo transmitieron también probablemente á los latinos, de quienes pasó á los celtas, y aun á los leto-eslavos (lat. *aurum*, celt. *awr*, *our*, *or*; ant. prus. *ausis*, lit. *auksas*, de la forma latina antigua *ausom*, de donde *aurum*). El conocimiento de la plata fué entre los indo-europeos posterior al del oro, y su denominación pasó de unas á otras en las lenguas de la familia. Sobre la raíz *rag*, *arg*, brillante, resplandeciente, se forman el sánscr. *rajata*, el zend *erezata*, el arm. *arcat*, el lat. *argentum*, y el celt. *argat*; como los nombres de la plata en germ. y leto-eslavo (gót. *silubr*, ant. esl. *sirebro*, lit. *sidabras*) suponen un común origen, siquiera éste sea harto oscuro, y no pueda adoptarse como segura ninguna de las opiniones emitidas (Hommel le relaciona con el asirio *sarpu*, y Hehn con *Σαλύβη*, luego *Ἄλυβη*, ciudad del Ponto, mencionada ya por Homero como abundosa en el aludido metal). Síguese de aquí que toda la civilización consiguiente á los conocimientos metalúrgicos indicados, es posterior al fraccionamiento ario, y no corresponde á la época protoaria. En ella encontramos más bien indicios seguros de una vida pastoril desarrollada y relativamente estable y sedentaria, con su riqueza consistente en la abundancia de ganados, que no otro género de industrias y ejercicio de especulaciones comerciales. En cuanto al origen de los nombres de armas, hallamos que están derivados en general de la materia que se empleó para hacerlas, apareciendo primero los tomados de la madera, de la piedra, hueso, etc. Los correspondientes á armas de metal son posteriores, y alguno, p. ej., el nombre griego de la es-

pada *-ξίφος*, es de importación semítica, como el latino *gladius* parece derivación céltica. *d*) En cuanto á otro orden de conocimientos, y desde el punto de vista matemático, el sistema protoario aparece generalmente basado en el procedimiento decimal, cuyo concepto va expresado por nombres que suponen una enumeración primitivamente digital, fundada en los cálculos inmediatos que pueden hacerse con la mano; sin embargo, enuéntranse vestigios en algunos pueblos, como entre los celtas, de un sistema vigesimal, así como no faltan indicios de un sistema duodecimal entre germanos, latinos y griegos, como luego diremos. *e*) Si bien no se encuentra ningún vocablo que con certeza pueda llevarse hasta el protoario en significación del concepto abstracto del Derecho, no puede deducirse de ahí la no existencia de la noción é idea correspondiente, ya porque los conceptos abstractos siendo expresados de varias maneras, tardan siempre en tener palabra propia, diversa de la correspondiente á las ideas concretas, ya porque en varias ramificaciones lingüísticas arias de hecho no existen palabras cuyos conceptos, sin embargo, han existido sin género de duda entre los que hablaban aquellas lenguas. Ciertamente, que porque en la expansión primitiva aria haya desaparecido en las lenguas eslavas el nombre de *padre*, como falta en griego el nombre de *hermana* y en latín el privativo de *hijo é hija*, etc., no es lógico concluir que los que hablaban tales idiomas no tenían concepto de *padres*, *hijos* ni *hermanos*. Dado, pues, que en la expresión del orden jurídico sólo puedan remontarse á la época protoaria las palabras de la serie: sánscr. *dhaman*, griego *θεμς*, gót. *doms*, con la significación fundamental de *cosa determinada*, en el sentido de imposición decretada por el superior, lejos de autorizar esto para negar á los protoarios la idea general de *derecho*, como algunos pretenden, es claro indicio de haberla reconocido, puesto que, á la inversa de lo que sucede en las deducciones empíricas, las conclusiones de carácter racional sólo resultan aplicadas en virtud de los generales principios en que se apoyan; esto sin contar con que aquellas mismas denominaciones, significando etimológicamente la forma concreta de cosa preceptuada, no hacen incompatible la expresión simultánea de la noción abstracta correspondiente, siquiera después de la difusión

aria haya alcanzado su nombre peculiar independiente en las diversas ramas lingüísticas de la familia. Lo mismo ha de decirse del concepto de la divinidad, á pesar de que su nombre concreto vaya vinculado á una expresión metafórica tomada de la naturaleza, y haya ésta originado el conjunto mitológico protoario. De una misma raíz probable, *div*, con significación de rayar los esplendores de la luz, hállase derivado el nombre del *cielo*, el de la suprema divinidad celeste (sánsr. *Dyaus*, griego *Ζεύς-Διός*, lat. *Diespiter*, -*Juppiter*-, germ. *Ziu*, *Tyr*), y la denominación genérica de la divinidad (sánsr. *deva*, lat. *deus*, gr. *θεός*, -*θεός*, lituan. *dievas*, celt. *dia*) que traducimos por la palabra *Dios*. Las instituciones sociales y religiosas aparecen en cuanto es dado colegirlas por datos paleolingüísticos, en el mismo estado rudimentario de la cultura general protoaria, aunque no es factible trazar ni con aproximación media un cuadro de la materia, debido á la inseguridad de los datos en unos casos, y á la deficiencia absoluta de ellos en otros, y á la posible oscilación significativa de unas mismas palabras, lo cual, como hemos dicho atrás, dificulta no poco la certeza de las conclusiones.

Hemos hablado de que las lenguas arias han comenzado su formación antes de separarse del tipo protoario, y que dentro de éste han cooperado á constituir la lengua protoaria, al mismo tiempo que recibían en ella elementos múltiples comunes y se transmitían mutuamente variantes dialectales, de lo cual proviene la imposibilidad de una distinción marcada en las ramas diversas de la familia. Pero hemos añadido también que la expansión protoaria ha cooperado á la diferenciación lingüística, no sólo consolidando la individualidad de cada lengua, que consiguientemente debía seguir su camino evolutivo distinto del de las demás, sino favoreciendo el desarrollo en relación más ó menos asimilada con elementos de idiomas prearios, que sin duda alguna se descubren hoy en los restos de tipos no reducibles á la familia indo-europea. De estas relaciones prearias vino en gran parte, lo hemos dicho ya, la diferencia de condiciones en que hallamos la evolución de varios pueblos indo-europeos, de latinos y griegos, p. ej., comparados con la de otros de la misma familia lingüística, como celtas y germanos.

En la toponimia de ríos, montes, lugares, etc., de Italia y Bélgica, ha descubierto Zanardelli múltiples elementos de lenguaje preario dominado y como absorbido por la influencia de la familia indo-europea (1), de igual forma que Meyer-Lübke (en su cit. *Grammatik d. roman. Sprachen*) cree hallar en las mismas lenguas románicas restos é influencias de idiomas prearios. De ellos son igualmente testimonio las numerosas inscripciones ibéricas correspondientes al lenguaje preario, del cual griegos y latinos nos han dejado frecuente recuerdo; los restos aun vivientes que mantienen en su idioma las regiones vascas, ó sea el *vascuence*, de reconocidas afinidades con el grupo *libico*, y por consiguiente, con la familia camítica, especialmente con el libio moderno; el *etrusco*, cuya tan discutida procedencia no obsta ni puede impedir se reconozca en él un ejemplar preario de afinidades innegables con el grupo camítico que acabamos de mencionar; las reminiscencias en el neo-céltico —dialecto Welsh— de una construcción sintáctica con analogías marcadas con el antiguo egipcio, y la existencia también reconocida de poblaciones prehelénicas en Grecia y en el Asia Menor, con lenguaje propio preario (2). En la primera parte de esta obra (cap. VIII), dejamos notadas las diversas opiniones sobre los antiguos idiomas del dominio griego, y la conclusión á donde el estudio de éstos conducen por sus afinidades semítico-arias, y por su naturaleza ni aria, ni semítica, como también, entre los modernos, reconoce Kretschmer. El docto helenista alemán, que acabamos de mencionar, insistiendo acerca de esto, no vacila en sostener la existencia de un

(1) Pueden verse cit. por Sergi (*Gli Arit in Europa e in Asia*) las indicaciones de Zanardelli, *Apunti lessicali e toponomastici, y Toponimia fluviale—La précelticé des noms de rivières en Belgique*.

(2) Sobre el iberismo, véase Hübner en sus *Monumenta linguæ (ibericæ)*, (1893). Las afinidades etruscas, prescindiendo de anteriores trabajos de criterio vario y no aceptable, en Brinton, *The Ethnological affinities of the Ancient Etruscans*, y *On Etruscan and Lybian Names* (Proc. Amer. Phil. Society, vols. XXVI y XXVIII—1889, 1890—). Para las reminiscencias prearias en céltico, Morris Jones, *Pre-aryan syntax in insular Celtic*.—Ap. al libro *The Welsh People*, by J. Rhis y D. Brynmor-Jones (1900). Acerca del *prehelenismo*, Kretschmer en la cit. *Einleitung*, etc., principalmente cap. XI, *Die vorgriech. Urbévölk. von Hellas*.

pueblo preilírico en el Epiro, Acarnania y Etolia, que ha sobrevivido á las inmigraciones ilíricas y resistió al elemento griego al helenizarse aquellas regiones; y después de mostrar con los restos fragmentarios de los idiomas del Asia Menor su carácter preario, extiende sus conclusiones á la Hélade, resumiendo así su concepto sobre la población primitiva no griega de la Grecia: «Que la existencia de una tal —primitiva población— haya sido admitida por los antiguos sobre la base de combinaciones más ó menos seguras, es cosa conocida; no necesita reproducir aquí tales repetidos testimonios. En las islas fueron naturalmente reconocidos de un modo mucho más fácil las señales de aquel estado prehistórico, que no en el continente griego. La inscripción descubierta algunos años há en Praesos (Museo Ital. II, 673, sig.), demuestra que la población prehelénica de Creta, los Ἐτεόκρητες de la Odisea, habían conservado su lengua hasta los tiempos históricos. (Einleit. *Die Träger der mykenisch. Kultur*).

A las indicaciones hechas acerca del encuentro ario con cultura prearia, añádanse los siguientes datos: 1.º La importación extraña de la cultura metalúrgica, y de las denominaciones correspondientes, que como queda dicho, han sido recogidas por los arios en el momento de su expansión por las diversas regiones, á las cuales impusieron su lenguaje. Schrader en la citada *Sprachvergleichung u. Urgeschichte*, no duda señalar como una de las fuentes para el conocimiento ario de los metales, el pueblo sumero-acádico. 2.º La existencia de palabras correspondientes á la cultura protoaria y á la de la expansión subsiguiente, que revelan un parentesco no ario. Así Hommel hace ver la afinidad que existe entre los nombres del hacha y del cobre en sumeriano y en indo-europeo: en sumer. *urud*, *urudu*, el cobre; en pehlvi *rôd*, sánscr. *lôhá*, ant. esl. *ruda*, lat. *raudus*, a. germ. *raudi*: el hacha en sumer, *balag*, asirio-babil. *pilakku*, en griego *pelekus*, en sánscr. *paraçus*; nombres sin duda primitivos, cuyo paralelismo lingüístico es reconocido sucesivamente por Schmidt (*Urh. d. Indogerm*), por Kretschmer (*Einleit.*) que se apoya en Schmidt, y por Schrader, últimamente, en su *Reallexicon*. Otras concordancias sumérico-arias trae Hommel (*Sumerische Lesestücke*), muchas de ellas, que deben referirse á la cultura primiva y comienzos de la expan-

sión aria, v. gr.: sumer. *ansu*, lat. *asinus*, gr. ὄνος; sumer. *agar*, jat. *ager*, gr. ἀγρός, gót. *akrs*; la de las raíces *dum*, *dar*, *lag*, brillar *lug*, lavar, *rag*, *lab*, *lim*, amar; la forma sumérica *azag*, resplandeciente, de donde la forma aria *arg* (de *azg*), la cual constituye la raíz de la denominación de la *plata* en céltico, armenio, griego y latín. 3.º La superposición al sistema *decimal* ario de un sistema aritmético *sexagesimal* (ó sea de numeración *duodecimal*), que es de origen no ario; este sistema encontramoslo influyendo entre celtas, latinos, griegos y germanos, y se revela distintamente en los nombres de sus respectivas numeraciones. Nótese, en efecto, que en dichas lenguas se forman de diversa manera las seis decenas primeras, hasta *sesenta* inclusive y las posteriores: en griego, latín y céltico la diferencia está en que aquella primera serie numeral va formada por *números cardinales*, y en la segunda, ó sea de 60 en adelante, no aparecen sino *ordinales*; en germánico la diferencia es todavía más acentuada, significándose la numeración ulterior á 60 por un cambio de sufijo en la denominación. Así en latín, de las formas *quadráginta*, *quingüaginta*, *sexaginta*, compuestas de los card. *quatuor*, *quinque*, *sex*, pásase luego á las de *septuaginta* (de *septima-ginta*), *octoginta* (de *octua-ginta*), y á *nona-ginta*, derivaciones todas de números ordinales.

Esto se advierte aun más claramente en griego comparando las formas τριά-κοντα, τεσσαρά-κοντα, πενή-κοντα ἑξ-ή-κοντα (todas resultado de *cardinales*), con las siguientes de ἑβδομή-κοντα, ὀγδοή-κοντα, etc., donde los ordinales se ofrecen casi sin alteración alguna. Es esto lo mismo que encontramos al cotejar las formas célticas (p. ej., ir. 50 y 60—*cóica*, *sesca*—; 70 y 80 — *sechtmoga*, *ochtmoga*—), lo cual en germ. se efectúa, como hemos dicho, cambiando los sufijos (p. ej., en 'gót. 50 y 60 — *fimftigjus*, *saihstigjus*; 70 y 80 — *sibuntéhund*, *ahtáutehund*). La significación que en muchas lenguas arias tienen los múltiplos y submúltiplos de 12 y de 60, la expresión característica en antiguo germ. del numeral 12, así como la del 120, etc., que nota cuidadosamente Schmidt, no son otra cosa más que reminiscencias del sistema mencionado, diverso del decimal propio de los arios, que vino á ejercer en éste sus influencias. Sistema que hallamos empleado por los caldeos, y

al cual se ajustaron los cálculos científicos babilónicos, y que fué importado sin duda á las regiones occidentales en tiempos anteriores á la constitución de los arios, por los primeros pobladores; el hecho de que los etruscos dieron también preferencias al principio de numeración duodecimal, es una prueba de la antigüedad europea del procedimiento, que los arios hallaron ya en su expansión, y que dadas las relaciones etruscas y camíticas, así como las del camitismo con el semitismo asirio-babilónico, arguye un antiguo común origen del procedimiento en los pueblos prearios. Una particularidad ha hecho notar Hommel en la numeración griega y latina, y es que las decenas de 20 en adelante se componen ya de cardinales, ya de ordinales, con la adición de un determinante que en *sumeriano* significa justamente 10; dicese, pues, en sumérico *gon, gin, diez*; y en lat. decimos *tri-gin-ta* (tres veces diez), *quadra-gin-ta*, etc., lo mismo que en griego: *τριά-κον-τα*, *τεσσαρά-κον-τα* (tres y cuatro veces diez, expresado con la forma *sumer. gon*). De ser verdadero el origen sumeriano de este elemento incorporado en la numeración indo-europea, confirmárase cada vez más el hondo influjo del prearianismo en el sistema aritmético ario (1). 4.º La influencia de tradi-

(1) Las observaciones de Hommel, así como las antes mencionadas de Schmidt en su *Die Urheimat d. Indog. und das europäische Zahlssystem*, encaminanse á probar la procedencia asiática de los arios; cosa que, como se ve claramente por lo atrás expuesto, no se sigue en manera alguna, sin identificar arios y prearios, de los cuales únicamente pudiera decirse que fueron de origen asiático. Nosotros, pues, podemos conceder el origen caldeo del sistema *duodecimal* sin que ello implique que los indo-europeos vienen como tales de la Caldea; porque no siendo ellos los primeros habitantes de Europa, todo lo que á tales habitantes anarios correspondiere puede tener el origen que se quiera, sin que por eso los que posteriormente recogen su cultura en Europa deban tener su cuna fuera del continente. Además de eso hay indicios positivos para reconocer que, aunque se trate de elementos caldaicos, el sistema europeo se formó en Europa. El carácter de la nomenclatura general aria en este punto, el hecho de que los pueblos históricamente más próximos á la Caldea (eslavos é indo-eranos) están precisamente exentos de la influencia *duodecimal*, y la importancia que gentes prearias establecidas en Europa, como los etruscos, han dado al mismo procedimiento *duodecimal*, manifiestan á las claras que no se trata de una inmediata

ciones religiosas prearias en las indo-europeas, que á pesar de los esfuerzos efectuados por algunos para excluirla, cada vez más se patentiza, es otro medio de prueba al fin intentado. Los primeros indicios cosmogónicos entre los arios, como se descubren entre los indios, preséntanos la concepción primitiva del mundo saliendo de *las aguas* (entre los griegos sale del caos) de una manera análoga á la del *abismo de las aguas*, que se nos ofrece en la narración épica de la creación entre los asirio-babilonios (1). El dios-fuego conserva en la época presemítica (en Babilonia) como dice Sayce, los privilegios de una de las principales divinidades, y el dios-fuego entre los arios, Agni, ofrece con él muy análogos caracteres, bien que con ulterior desarrollo, cual lo presentaban los himnos védicos. De igual suerte la Trimurti india reviste los mismos caracteres y tiene la misma fundamental representación de la naturaleza que la triada de los Akades ó Akkades, la caldaica y la egipcia, como se ve á primera vista comparándolas. Es esto lo que reconoce Oppert hablando de la Trimurti india (*On the original Inhabitants of India*) y refiriéndola á las demás *trinidades* mencionadas, siquiera para ello acuda á decirnos que «la mayor parte de la población india pertenecía á la misma raza, á la cual pertenecieron los Akades y Caldeos.» Dígase lo mismo de las analogías entre la narración india del diluvio y la narración babilónica del mismo, cuyas semejanzas (especialmente tal como resulta en el Mahabharata) son hoy argumento indudable de transmisiones comunes (2).

importación ario-asiática. Se ha notado ya, y puede traerse á nuestro objeto, un caso análogo de desviación, en el sistema *vigesimal* de los iberos, que no es asiático, del cual participaron los celtas (ir. *dá fichit*, 40 = 2 × 20; *tri fichit*, 60 = 3 × 20), y se conservan inequívocos vestigios, entre otras lenguas, en albanés *zet*, 20; *dü-zét*; 40; *tre-zet* 60).

(1) Cf. *Satapatha-Bráhma*, VI, Kánda. The Sacred Books of East, v. XLI, en cuanto á los indios. Para la narración asiria, Smith, *The eleventh Tablet of Izdubar Legends. The Chaldean account of the Deluge*. Trans. Soc. Bibl. Arch. III. Sayce, *The "Higher Criticism" and the verdict of the Monuments*. De esto y demás paralelismos religiosos semítico-arios tendremos ocasión de hablar en la parte relativa á las teorías filológicas en la Mitología comparada.

(2) Véase la narración india del Satapatha-Brahmana, que es la

Como en la India encontramos la intervención de doctrinas de origen preario, hállanse igualmente en los dominios de la rama erania las mismas extrañas influencias. Muestras de ellas nos ofrecen las obras erania^s arquitectónicas, escultóricas y pictóricas, donde se reflejan los procedimientos asirios, y por lo mismo acusan cuando menos la existencia de una civilización análoga capaz de informar á los indo-europeos en su expansión. Otra prueba clara en la materia resulta del uso de la escritura cuneiforme que se encuentra entre los persas como entre los babilonios, y que indudablemente no fué primitiva entre los primeros, ni son invención de la familia indo-europea estos caracteres gráficos de muy antiguo ya conocidos y usados por los caldeos. Los principios mismos que informa la religión erania, como hace ver Spiegel (*Iranische Alterthumskunde, I*), bien que con otro intento, son ajenos á esta rama aria. La doctrina y sistema de la creación fueron sin género de duda trasladados al Avesta de tradiciones análogas á las babilónicas, si no es que deban decirse debidas á influencias directas bíblicas, como sostiene Spiegel; el no hallarse en el mencionado Avesta la tradición del diluvio, hace ver cada vez mejor que en realidad no es esta una creación aria, como algunos pretenden, sino una tradición de extraño origen, cuyo recuerdo conservaron los indios en sus libros sagrados.

El principio del *Zervana akarana* ó tiempo infinitivo, que domina en la religión erania, y que se ha creído de origen ario, no es ario, ni iránico, sino que, como sostiene Spiegel aparece apoyado en doctrinas comunes á los prearios y á los babilonios, por un paralelismo que acusa un origen común. Cosa análoga ha de afirmarse del principio dualista de la luz infinita y de las tinieblas infinitas del sistema iránico, el cual, mientras de una parte no aparece en los Vedas, cosa inexplicable de tratarse de conceptos de origen ario, tiene abiertas semejanzas con el dualismo babilónico de índole análoga. En

forma más primitiva y sencilla, en la versión de Eggeling, *The Sacred Books of East*, v. XII; la del Mahabharata, especialmente en Muir, *Original Sanskrit Texts*. La referente á la tradición caldea, entre otros, en la interpretación de Maspero, *Hist. anc. des peuples de l'Orient classique*, I.

una palabra, las tradiciones fundamentales del orden religioso en los antiguos arios, suponen múltiples influencias de otros pueblos no arios, los cuales fueron sin duda sus predecesores al par que sus maestros en crecido número de enseñanzas, que con gran empeño se ha pretendido, y determinadas escuelas pretenden hoy todavía, presentar cual creación privativa indo-europea (1).

(1) Por las relaciones que tiene con la teoría de los orígenes asiáticos de la cultura indo-europea, conviene advertir que las teorías astronómicas de los indios, con las cuales guardan relación las del orden cronológico cósmico de los mismos, lejos de ser primitivas entre ellos, revélanse manifiestamente de origen occidental, como es cosa hoy bien conocida. En el *Iyotisha Vedanga* del Yagur y del Rigveda, sólo aparecen designados los movimientos lunares que tienen relación con el tiempo de los sacrificios rituales. El *Surya-prajñapti*, único tratado astronómico que presenta caracteres de antigüedad comparables al sistema del (*Iyotisha Vedanga*, y que ha sido examinado por Weber *Indische Studien*, X), es un estudio elementalísimo, incompleto é inexacto, que á falta de otros datos positivos, bastaría para conjeturar el origen no indio de los superiores conocimientos que aparecen en otros trabajos posteriores, tales como en los varios *Siddhanta*, donde se reflejan de un modo evidente las doctrinas astronómicas de los griegos, singularmente de la época alejandrina. Las divisiones y cálculos de Ptolomeo están exactamente reproducidos en diferentes *Siddhanta*; y Whish demostraba ya en 1827 (*On the Antiquity of the Hindu Zodiac*), que los signos del Zodiaco con las figuras de las constelaciones son entre los indios reproducción directa de las enseñanzas griegas, de donde hubieron de tomar hasta las denominaciones. Y en efecto, véanse como muestra los nombres de las constelaciones que nos ofrece Varaha en el *Vrihat Jataka* son simples variantes de las correspondientes denominaciones griegas:

Κριός	Aries	Kriya.
Ταύρος	Taurus	Távuri, Távuru, Tâmbine.
Δίδυμος	Gemini	Jituma, Jutuma, Juthuma, Jittama, Jitma.
Καρκίνος	Cancer	Karkin, Karka.
Λέων	Leo	Leya, Liyaya.
Παρθένος	Virgo	Pâthena, Pâthona, Pârtina, Pârtheya.
Ζυγόν	Libra	Juka, Dyuka, Juga.
Σκορπίος	Scorpio	Kaurpya, Korpia, Kaurba, Korpya.
Τοξότης	Sagittarius	Taukshika.
Αιγόκερως	Capricorn.	Akokera, Agokira.